



**MARIONETAS**  
DE LA

**SOMBRA**

Ender y su equipo de niños precoces, convertidos en brillantes estrategias militares, han logrado que la humanidad venciera en la guerra contra los insectores. El enemigo exterior ha quedado destruido, la especie humana se ha salvado y, ahora que la amenaza externa ha desaparecido, los viejos problemas provocados por la ambición, la política y la guerra vuelven a convertir la Tierra en el habitual campo de batalla entre humanos.

Los niños formados en la Escuela de Batalla son ahora los mejores estrategias de la humanidad y lideran sus respectivos países en el nuevo conflicto mundial. Un enfrentamiento de alcance planetario que involucra diversas culturas humanas, como la china y la del islam en este caso, bajo la siempre atenta mirada del Hegemón, Peter Wiggin (el genial hermano mayor de Ender), ayudado por Bean, el antiguo lugarteniente de Ender.

Bean, Petra, Aquiles, el Hegemón y, curiosamente, los padres de Ender Wiggin son los nuevos protagonistas de la última y tal vez definitiva entrega de la saga.

Card, la gran revelación en la literatura fantástica de los últimos años, ha obtenido por dos veces consecutivas los premios Hugo y Nebula con la famosa y popular Saga de Ender. También ha obtenido el premio mundial de fantasía con las emotivas historias de Alvin Maker, el Hacedor.

## Presentación

Poco voy a decirles de *MARIONETAS DE LA SOMBRA*. El mismo Card presentaba la anterior novela de esta ya dilatada serie de Ender y su Sombra como «un descomunal juego de Risk: se trata de recurrir a la política y la diplomacia tanto para alcanzar el poder y mantenerlo como para garantizarse un lugar donde reposar en caso de perderlo».

Eso es, en definitiva, el presente libro: un impresionante juego de estrategia de alcance mundial, bajo el supuesto, un tanto insólito, de que hay personas inteligentes gobernando las grandes potencias.

Esas personas son, no podía ser de otra manera, los niños forjados en la Escuela de Batalla, los precoces genios militares que formaron, en su momento, el ejército de Ender. Ahora son los mejores estrategas de la humanidad y lideran sus respectivos países en el nuevo conflicto mundial. Un enfrentamiento planetario que involucra diversas culturas humanas, como la de China y la del islam, en este caso, bajo la siempre atenta mirada del Hegemón, Peter Wiggin (el genial hermano mayor de Ender), ayudado por Bean, el antiguo lugarteniente de Ender.

Casi quince años después del extraordinario éxito de *EL JUEGO DE ENDER*, Card se atrevió a contar la misma historia (la guerra contra los insectores en la Escuela de Batalla), pero desde un nuevo punto de vista: el de Bean, el lugarteniente de Ender. Un personaje si cabe más interesante que el mismo Ender y al que Card está dedicando esta nueva

serie que empezó con gran éxito, después de que *LA SOMBRA DE ENDER* se convirtiera en Estados Unidos en un gran *best seller* de la prestigiosa lista del *New York Times* y, en España, alcanzara un nuevo éxito de ventas. Algo parecido ocurría después con su continuación, *LA SOMBRA DEL HEGEMÓN*, y es de augurar que suceda lo mismo con esta nueva entrega de la saga.

Al final de *LA SOMBRA DEL HEGEMÓN*, el mismo Card contaba el posible esquema de la obra completa:

Primero: una historia entrañable sobre la formación de un líder militar, Ender, en la Escuela de Batalla en una Tierra atacada por los insectores (que con el tiempo han devenido en «fórmicos» según la nueva denominación que el mismo Card les está dando). Ésa es la historia de *EL JUEGO DE ENDER*.

A esa novela sigue una primera y compleja trilogía, que transcurre unos tres mil años en el futuro y está protagonizada por Ender y su hermana Valentine, todavía jóvenes por los efectos relativistas. A ellos se une, casi como protagonista, la consciente red de ordenadores que compone la inteligencia artificial Jane, puesta seriamente en peligro por las averiguaciones de Qing-Jao en el planeta Sendero.

Esta trilogía está formada por *LA VOZ DE LOS MUERTOS*, *ENDER EL XENOCIDA* e *HIJOS DE LA MENTE*, publicadas en los números 1, 50 y 100 de nuestra colección. (*EL JUEGO DE ENDER*, aparecida originalmente en la colección de bolsillo Libro Amigo de Ediciones B, tiene en su reedición en *NOVA* un curioso número 0...).

Tras varios años resistiéndose a las muchas peticiones de lectores y editores para que siguiera narrando historias sobre Ender, Card ha acabado haciéndolo de forma un tanto tangencial. Primero contó la historia de Ender y sus comandantes en *LA SOMBRA DE ENDER* (número 137 en nuestra colección) introduciendo con gran detalle a un nuevo personaje, Bean, que se convertirá en el eje de la nueva serie. Pero Bean no está solo. Ender partió tras la derrota

de los insectores en la guerra Fórmica, pero en la Tierra quedaron tanto sus compañeros de la Escuela de Batalla como su hermano mayor, Peter. Y ellos, junto a Bean y su némesis, Aquiles, van a ser los protagonistas principales de la nueva serie, inevitablemente ligada al recuerdo y la omnipresente imagen de Ender.

Prevista inicialmente como trilogía, esta serie de Bean, el que maneja en la sombra, se anunciaba (por parte del mismo Card al final de *LA SOMBRA DEL HEGEMÓN*) como una tetralogía que ya no parece vaya a ser tal. Los títulos allí anunciados por el autor: *LA SOMBRA DE LA MUERTE* y *LA SOMBRA DEL GIGANTE* parecen haberse convertido en este *MARIONETAS DE LA SOMBRA* que, como siempre es posible en el caso de Card, podría ser el último de la nueva serie o tener continuación.

Será imprescindible tener paciencia y ver qué ocurre, aunque Card ya nos tiene acostumbrados a series iniciadas y pendientes de conclusión: la del hacedor Alvin Maker, la trilogía del Mayflower iniciada con *LOVELOCK*, la posible serie sobre los observadores del pasado iniciada con la novela sobre Colón, y otras series actualmente en marcha, como *Mujeres del Génesis*.

La nueva serie sobre Bean, la sombra de Ender y del Hegemón, trata básicamente de geopolítica y de temas político-militares en la Tierra tras la victoria sobre los insectores, un período no demasiado alejado de nuestra actualidad en donde los dos siglos transcurridos pueden haber cambiado algunas cosas, pero no demasiadas. Aunque no hay que olvidar que, incluso la guerra y la geopolítica ha de adquirir, a manos de Card, un tono intimista que se centra en las motivaciones últimas de las acciones y las decisiones que toman los principales protagonistas.

Ya he dicho otras veces que Ender no era el único niño en la Escuela de Batalla, sólo el mejor entre los mejores. Bean, un ser prácticamente tan superdotado como Ender, verá en éste a un rival, pero también a un líder irrepetible.

Con su prodigiosa inteligencia obtenida por manipulación genética, Bean ve y deduce incluso lo que Ender no llega a captar. Lugarteniente, amigo, tal vez posible suplente, Bean nos mostró en *LA SOMBRA DE ENDER* el trasfondo de lo que ocurría en la Escuela de Batalla y que, tal vez, el mismo Ender nunca llegó a saber. En *LA SOMBRA DEL HEGEMÓN*, y ahora en *MARIONETAS DE LA SOMBRA*, Bean continúa su tradicional enfrentamiento con Aquiles, ahora en el marco de un conflicto geoestratégico de alto nivel, concebido como resulta ya evidente y confiesa su autor como un gran juego de Risk.

Pero Bean es también un ser humano, casi un adolescente que sabe que su modificación genética comporta un gigantismo que le ha de llevar a la muerte muy temprana, quizás antes de los veinte años. El amor por Petra y la preocupación por su descendencia son nuevos elementos que Card, tan hábil en el tratamiento de personajes juveniles, incorpora en esta nueva novela de la saga. Y ello sin olvidar que el mismo Ender tiene unos padres que cobran un curioso protagonismo en *Marionetas de la sombra*.

Por el momento, aún en la duda de si la serie de la Sombra se ha terminado ya o va a continuar algún día, lo cierto es que leer cualquier libro de Card es siempre una gozada (y se lo dice un agnóstico que está disfrutando de lo lindo con las nuevas novelas históricas de Card sobre las mujeres del Génesis, ¿quién me lo iba a decir?).

MIQUEL BARCELÓ

A James y Renée Alien,  
siempre entrelazados con nosotros,  
en la gran red de la vida

# 1

## Crecer

**De:** SinDirección@llocalizable.com#14h9ccO/ FIRMA  
HASTA AHORA Y CONTINÚA ANÓNIMO!

**Para:** Trirreme%Salamina@Attica-vs-Esparta.hst

**Sobre:** Decisión final

Wiggin:

*Sujeto no ha de morir. Sujeto será transportado según plan 2, ruta 1. Partida Mar. 4.00, punto de encuentro #3 a las 6.00, que es al alba. Por favor sé lo bastante listo para acordarte de la fecha internacional. Es tuyo si lo quieres.*

*Si tu inteligencia sobrepasa tu ambición lo matarás. Si viceversa, intentarás utilizarlo. No pediste mi consejo, pero lo he visto en acción: Mátalo.*

*Cierto, sin un antagonista para asustar al mundo nunca recuperarás el poder que el cargo de Hegemón tuvo en su día. Sería el final de tu carrera.*

*Déjalo vivir, y será el fin de tu vida, y dejarás el mundo en su poder cuando mueras. ¿Quién es el monstruo? ¿O al menos el monstruo número 2?*

*Y te he dicho cómo capturarlo. ¿Soy el monstruo número 3? ¿O simplemente el tonto número 1?*

*Tu fiel servidor en la diversidad*

A Bean le gustaba ser alto, aunque eso fuera a matarlo.



Y al ritmo que estaba creciendo, sería más pronto que tarde. ¿Cuánto tiempo tenía? ¿Un año? ¿Tres? ¿Cinco? Los extremos de sus huesos eran todavía como los de un niño, madurando, estirándose; incluso su cabeza estaba creciendo y, como un bebé, tenía una suave fontanela en la parte superior de su cráneo.

Eso implicaba ajustes constantes, ya que semana tras semana sus brazos llegaban más lejos cuando los extendía, sus pies eran más largos y tropezaban con escaleras y alféizares, sus piernas eran más largas y al caminar cubría el terreno con más rapidez, y sus compañeros tenían que apresurarse para seguirle el ritmo. Cuando entrenaba con sus soldados, la compañía de élite de hombres que constituían toda la fuerza militar de la Hegemonía, ahora podía correr ante ellos, pues sus zancadas eran más largas que las suyas.

Hacía tiempo que se había ganado el respeto de sus hombres. Pero ahora, gracias a su altura, ellos por fin, literalmente, lo miraban desde abajo.

Bean se encontraba en el prado donde dos helicópteros de asalto esperaban a que sus hombres los abordaran. Hoy la misión era peligrosa: penetrar en el espacio aéreo chino e interceptar un pequeño convoy que transportaba a un prisionero desde Pekín hasta el interior. Todo dependía del secreto, la sorpresa, y la información extraordinariamente precisa que el Hegemón, Peter Wiggin, había estado recibiendo desde el interior de China en los últimos meses.

Bean deseaba conocer la fuente de inteligencia, porque su vida y las vidas de sus hombres dependían de ello. La precisión lograda hasta ahora bien podría ser fácilmente una trampa. A pesar de que el título de Hegemón era ahora esencialmente algo vacío, ya que la mayor parte de la población mundial residía en países que habían dejado de reconocer la autoridad del cargo, Peter Wiggin había estado usando bien a los soldados de Bean. Eran una molestia constante al nuevo afán expansionista de China, capaces

de aparecer aquí y allá exactamente en el momento mejor calculado para perturbar la confianza de los líderes chinos.

La patrullera que desaparece de repente, el helicóptero que cae, la operación de espionaje que es reventada bruscamente cegando al servicio de inteligencia chino en otro país más..., oficialmente los chinos ni siquiera habían acusado al Hegemón de tener ninguna relación con esos incidentes, pero eso sólo significaba que no querían dar ninguna publicidad al Hegemón, no querían potenciar su reputación ni su prestigio entre aquellos que temían a China en los años transcurridos desde la conquista de la India e Indochina. Casi con toda seguridad sabían quién era la fuente de sus preocupaciones.

De hecho, probablemente achacaban al pequeño ejército de Bean la creación de problemas que eran accidentes corrientes de la vida. La muerte del ministro de Asuntos Exteriores de un ataque al corazón en Washington, D.C., sólo minutos antes de su reunión con el presidente norteamericano. Puede que de verdad creyeran que el alcance de Peter Wiggin era tan largo, o que pensaran que el ministro de Exteriores chino, un segundón del partido, merecía la pena ser asesinado.

Y el hecho de que una devastadora sequía llevara ya dos años vigente en la India, obligando a los chinos a comprar comida en el mercado libre o permitir la entrada de trabajadores de equipos de ayuda de Europa y las Américas al subcontinente recién capturado y todavía rebelde... tal vez incluso imaginaban que Peter Wiggin podía controlar las lluvias monzónicas.

Bean no se hacía ese tipo de ilusiones. Peter Wiggin tenía muchos contactos por todo el mundo, una colección de informadores que se convertía gradualmente en una seria red de espías pero, por lo que Bean podía decir, Peter tan sólo estaba jugando. Oh, Peter pensaba que era bastante real, pero nunca había visto lo que sucedía en el mundo

real. Nunca había visto a la gente morir como resultado de sus órdenes.

Bean sí, y no se trataba de ningún juego.

Oyó acercarse a sus hombres. Supo sin mirar que estaban muy cerca, pues incluso aquí, en territorio supuestamente seguro (una zona aventajada en las montañas de Mindanao en las Filipinas) se movían lo más silenciosamente posible. Pero también sabía que los había oído antes de que ellos esperaran que lo hiciera, pues sus sentidos siempre habían sido inusualmente agudos. No los órganos auditivos físicos (su oído era bastante corriente), sino la habilidad de su cerebro para reconocer incluso la más leve variación en el sonido ambiental. Por eso alzó una mano como saludo hacia los hombres que acababan de emerger del bosque tras él.

Pudo oír los cambios en su respiración —suspiros, risitas casi silenciosas—, que le decían que reconocían que los había vuelto a pillar. Como si fuera un juego adulto del escondite, y Bean siempre pareciera tener ojos en la nuca.

Suriyawong se acercó a él mientras los hombres se disponían en fila de a dos para subir a los helicópteros, ya preparados para la misión que les esperaba.

—Señor —dijo Suriyawong.

Eso hizo que Bean se volviera. Suriyawong nunca lo llamaba «señor».

Suriyawong, el segundo al mando, un tailandés sólo unos pocos años mayor que Bean, era ahora media cabeza más bajo. Saludó a Bean, y entonces se volvió hacia el bosque del que acababa de surgir.

Cuando Bean se volvió para mirar en la misma dirección, vio a Peter Wiggin, el Hegemón de la Tierra, el hermano de Ender Wiggin, que había salvado al mundo de la invasión fórmica tan sólo unos cuantos años antes. Peter Wiggin, el consentidor y jugador. ¿A qué está jugando ahora?

—Espero que no estés tan loco como para venir en esta misión —dijo Bean.

—Qué saludo tan alegre —dijo Peter—. Lo que llevas en el bolsillo es una pistola, así que supongo que no te alegras de verme.

Bean odiaba a Peter cuando intentaba bromear. Así que no dijo nada. Esperó.

—Julian Delphiki, hay un cambio de planes.

Lo llamaba por su nombre completo, como si fuera el padre de Bean. Bueno, Bean tenía un padre... aunque no hubiera sabido que tenía uno hasta después de que terminara la guerra, cuando le dijeron que Nikolai Delphiki no era sólo su amigo, sino su hermano. Pero tener de pronto un padre y una madre cuando ya cuentas con once años no es igual que crecer con ellos. Nadie había llamado a Bean «Julian Delphiki» cuando era pequeño. Nadie lo había llamado de ninguna manera, hasta que se burlaron de él y le pusieron por mote Bean, habichuela, en las calles de Rotterdam.

Peter nunca parecía ver el absurdo que era tratar así a Bean. Luché en la guerra contra los insectores, quiso decir Bean. Luché junto a tu hermano Ender, mientras tú aún estabas jugando a agitador en las redes. Y mientras estabas llenando tu vacío papel de Hegemón, yo lideraba a estos hombres a la batalla que logró cambiar el mundo. ¿Y ahora me dices que ha habido un cambio de planes?

—Anulemos la misión —dijo Bean—. Los cambios de último minuto en los planes conducen a pérdidas innecesarias en el combate.

—En este caso no será así —respondió Peter—. Porque el único cambio es que tú no vas a ir.

—¿Vas a ir tú en mi lugar?

Bean no tuvo que mostrar desprecio en su voz ni en su rostro. Peter era lo bastante inteligente como para saber que la idea era un chiste. Peter no estaba entrenado para

nada más que para escribir ensayos, darle la de cal a los políticos, y jugar a geopolítica.

—Suriyawong irá al mando de esta misión —dijo Peter. Suriyawong cogió el sobre sellado que le tendió Peter, pero luego se volvió hacia Bean en busca de confirmación.

Peter advirtió sin duda que Suriyawong no pretendía seguir esas órdenes a menos que Bean se lo dijera. Como era mayormente humano, Peter no pudo resistir la tentación de devolver el golpe.

—A menos que pienses que Suriyawong no está preparado para dirigir la misión —dijo.

Bean miró a Suriyawong, quien le sonrió.

—Su excelencia, las tropas son tuyas —dijo Bean—. Suriyawong siempre dirige a los hombres a la batalla, así que no habrá ningún cambio de importancia.

Cosa que no era cierta del todo: Bean y Suriyawong a menudo tenían que cambiar de planes en el último minuto, y Bean acababa dirigiendo una misión entera o parcialmente, o no, dependiendo de cuál de los dos tuviera que lidiar con la emergencia. Con todo, por difícil que fuera esta misión, no era demasiado complicada. El convoy estaría donde se suponía que tendría que estar, o no estaría. Si lo estaba, la misión probablemente tendría éxito. Si no estaba, o si se trataba de una emboscada, la misión sería abortada y ellos regresarían a casa. Suriyawong y los otros oficiales y soldados podrían tratar sin problemas con cualquier cambio menor.

A menos, por supuesto, que el cambio en la misión fuera porque Peter Wiggin supiera que iba a fracasar y no quisiera arriesgarse a perder a Bean. O porque Peter los estuviera traicionando por algún arcano motivo propio.

—Por favor, no lo abras hasta que estés en el aire —le dijo Peter a Suriyawong.

Suriyawong saludó.

—Hora de partir —dijo.

—La misión nos acercará significativamente a lograr impedir el expansionismo chino —dijo Peter.

Bean ni siquiera suspiró. Pero esta tendencia de Peter para decir lo que sucedería siempre le cansaba un poco.

—Ve con Dios —le dijo Bean a Suriyawong. A veces, cuando decía esto, Bean recordaba a sor Carlotta y se preguntaba si ahora estaría con Dios, y tal vez le oía decir lo más cercano a una oración que jamás había pasado por sus labios.

Suriyawong corrió hacia el helicóptero. Al contrario que sus hombres, no llevaba ningún equipo aparte de una pequeña mochila y su pistola. No tenía ninguna necesidad de armamento pesado, porque esperaba quedarse en el helicóptero durante la operación. Había momentos en que el comandante tenía que dirigir el combate, pero no en una ocasión como ésta, donde la comunicación lo era todo y tenía que poder tomar decisiones instantáneas que serían comunicadas a todos de inmediato. Por eso se quedaría con los e-mapas que controlaban la posición de cada soldado, y hablaría con ellos por el enlace satélite codificado.

No estaría a salvo en el helicóptero. Al contrario. Si los chinos fueran conscientes de lo que se les avecinaba, o si pudieran responder a tiempo, Suriyawong estaría sentado en uno de los dos blancos más grandes y fáciles de alcanzar.

Ese es mi lugar, pensó Bean mientras veía cómo Suriyawong saltaba al helicóptero, ayudado por la mano extendida de uno de los soldados.

La puerta del helicóptero se cerró. Los dos aparatos se alzaron levantando una tormenta de viento y polvo y hojas, aplanando la hierba bajo ellos.

Sólo entonces emergió otra figura del bosque. Una joven. Petra.

Bean la vio e inmediatamente se llenó de furia.

—¿En qué estás pensando? —le gritó a Peter por encima del fragor de los helicópteros—. ¿Dónde están sus

guardaespaldas? ¿No sabes que corre peligro cada vez que abandona la seguridad del complejo?

—La verdad —dijo Peter, y ahora los helicópteros estaban ya tan altos que podían hablar con voz normal— es que probablemente no ha estado más a salvo en toda su vida.

—Si piensas así, eres un idiota.

—Pues pienso así, y no soy ningún idiota. —Peter sonrió —. Siempre me subestimas.

—Siempre te sobrestimas.

—Hola, Bean.

Bean se volvió hacia Petra.

—Hola, Petra.

La había visto hacía tan sólo tres días, justo antes de que partieran para esta misión. Ella lo había ayudado a planearla; se la sabía al dedillo, igual que él.

—¿Qué está haciendo este capullo con nuestra misión? —le preguntó Bean.

Petra se encogió de hombros.

—¿No te lo imaginas?

Bean pensó un instante. Como de costumbre, su mente inconsciente había estado procesando la información de fondo, muy por detrás de lo que era consciente. En la superficie, estaba pensando en Peter y en Petra y en la misión que acababa de ponerse en marcha. Pero, por debajo, su mente ya había advertido las anomalías y estaba dispuesta a enumerarlas.

Peter había apartado a Bean de la misión y le había dado a Suriyawong órdenes selladas. Obviamente, pues, había algún cambio que no quería que él supiera. Peter también había sacado a Petra de su escondite y sin embargo sostenía que nunca había estado más a salvo. Eso debía significar que por algún motivo estaba seguro de que Aquiles no podía alcanzarla aquí.

Aquiles era la única persona del mundo cuya red personal rivalizaba con la de Peter por su capacidad de extender-